

JULIO DE ZAN
CONICET, Santa Fe

Adela Cortina: de la crítica de la modernidad a la modernidad crítica

La crítica de la presunta razón total, de la absolutización de la racionalidad instrumental, objetivante, que opera con una lógica de la identidad, y que convierte al sujeto en instancia opresora y, a la vez, oprimido (dominio de la naturaleza externa y de la naturaleza interna) etc., tiene una ya larga tradición que reconoce sus fuentes en Nietzsche, en Heidegger, y en la primitiva Escuela de Frankfurt. En realidad la crítica frente al sesgo unilateral de la modernización se puede considerar como una de las notas definitorias de la modernidad misma.

Lo nuevo de la crítica actual es la convicción y el sentimiento del fin de la modernidad, o del fin de la historia y, por tanto, de la propia crítica. Esta extendida convicción de estar despidiendo en nuestros días una época y quizás la historia misma, es común tanto a los llamados postmodernos como a los que propugnan un regreso a las formas premodernas de la vida en comunidades.

Me parece que estas concepciones no tienen, sin embargo, puntos de inserción en nuestra realidad social y cultural, que nunca ha llegado a ser enteramente moderna, y en las orientaciones dominantes que tienden más bien a completar, o a profundizar el proceso de la modernización.

En este contexto adquiere especial relevancia la posición que representa en España Adela Cortina, la cual no descuida los aludidos tópicos de la crítica de la modernidad, pero entiende que no es deseable (ni posible) un retorno a condiciones premodernas, y que cualesquiera sean las características “post” de nuestro mundo actual, no podrá abandonar los logros de la modernidad. De lo que se trata en consecuencia, es de reconstruir y de fundar los presupuestos de la crítica y los criterios racionales para orientar la acción futura.

“Adoptaremos la perspectiva de una ética de la modernidad crítica –Escribe Adela Cortina-. ‘Ética de la modernidad’ [...] porque el orden moral legado por la Ilustración ha quedado incorporado a nuestros esquemas cognitivos [...] Las sociedades aprenden no sólo a nivel científico, técnico o artístico, sino también a nivel moral: el reconocimiento de la autonomía personal, la dignidad que, en consecuencia, a todo hombre compete, los derechos humanos, la justicia imparcial, la forma de vida democrática, se han incorporado a nuestro saber moral en un proceso que resulta ya irreversible, de modo que renunciar a todo ello significaría ya renunciar a nuestra propia humanidad” (*Ética sin Moral*, Madrid, 1990, p. 23).